

MEDITA CONMIGO

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad. (Mt 7: 21-23)

Esta declaración de Jesús es realmente para llenarnos de asombro, e inevitablemente de preguntas, que si somos honestos no podemos dejar sin resolver para poder caminar con el corazón en paz delante Dios y seguros de la firmeza de nuestros pasos. No son pocos los que de manera superficial interpretan estas palabras concluyendo que se refieren exclusivamente a la conducta errada de los que llamándose creyentes caen en ella, lejos está esto de la raíz y sustancia de la verdad. Por supuesto que resulta sumamente fácil decir: Señor, Señor; porque la boca habla más rápido y más fácilmente de lo que está en el cerebro y no de lo que está en el corazón; un corazón mentiroso trabaja hábilmente en la cabeza para que la boca disfrace su verdadera cara, esta es la proclividad de todo ser humano en mayor o menor grado; que no es otra cosa que una conducta autodefensiva para evitar lo que aprecia como inconveniente; esto explica que Dios haya prometido dar un nuevo corazón y no un nuevo cerebro (Ez 36:26). La primera pregunta que debemos hacernos es ¿Cuál es el punto de inicio, o dicho de otro modo, cual es la primera obra que un hombre debe hacer para asegurarse que está haciendo la voluntad del Padre? dejemos que sea el mismo Jesús quien nos lo diga. El Evangelio de Juan narra que los judíos, por cierto hombres acostumbrados a un legalismo recalcitrante, al sentirse turbados por la predicación de Jesús, la cual no hacía relevante las obras de la ley, le preguntaron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? A lo cual Jesús responde diciendo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado. (Jn 6:28-29); La respuesta de Jesús no enfoca más que un solo verbo: CREER. Él está señalando claramente el punto inicial para hacer la voluntad del Padre, porque sin fe es imposible agradar a Dios (Heb 11:6); Desafortunadamente los hombres, influidos por el engañador, han hecho de la fe algo barato, asentándola en el cerebro y no en el corazón, estacionándose en una fe de autosugestión cerebral, autojustificada por las obras de la ley; debido a esto es que el apóstol Pablo previene este error enseñando que con el corazón se cree para justicia (Rom 10:10). Esta fe inevitablemente ha de venir moviéndose en un vehículo de humillación, que no es otra cosa que reconocerse pecador aun cuando los hombres nos aplaudan por nuestra buena conducta, asiéndose de la justicia que viene de Dios y no de los hombres, la cual ha sido decretada que es sólo por fe (Gal 2:16); Cuando esta fe se ha asentado en el corazón podemos decir que se ha incursionado en el camino de hacer la voluntad del Padre, y en adelante el caminar será sólo por la fe, guiados por el Espíritu y no por la conciencia (Rom 8:14); Un corazón así jamás podrá llamar a Jesús Señor sólo con la boca, sino por el Espíritu (1 Cor 12:3). Ahora bien, la siguiente pregunta es: ¿Es posible que haya hombres que hablen y hagan maravillas falsamente en el nombre de Jesús? Por supuesto que sí; porque éstos habiendo caído en el engaño del adversario, el cual sigue insistiendo en hacerse pasar por Dios, son usados como sus instrumentos para mantener los oídos de los demás lejos de la verdad (2 Tes 2:4, 2 Cor 11:15); esta es una suprema perversidad, porque tiene que ver con el destino eterno de los hombres; resulta aún más de tener en cuenta que Jesús usa la palabra *muchos* refiriéndose a los tales, lo cual quiere decir que si en aquel tiempo temprano de la iglesia ya existían cuánto más los habrá en los últimos tiempos cuando la población mundial ha llegado a los 8,000 millones; también resulta terrible que hablando Jesús de los últimos tiempos dice que el engaño será tal que aun los escogidos se verán turbados por las grandes señales y prodigios (Mt 24:24); pero hemos de dar gracias al Señor porque sus escogidos están bajo la protección de su mano, y de un modo o de otro sabrán distinguir lo que es de Dios y lo que no es, porque sin duda se mantienen en la disciplina de buscar a Dios por la oración, por su palabra, y por buscar a los que de corazón invocan su nombre.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava